

## PALABRAS

Querido hijo:

¡Mil gracias! ¡Realmente!, me dejaste sin palabras. Tu **regalo- relato**, fue por lejos el mejor obsequio que tuve en mi vida.

¿Entre nosotros? Me esperaba un suéter de liquidación, u otra opaca billetera. Dicho sea de paso: “el gusto de Leonor, ¡ni se acerca al tuyo!”

Como sabes, soy muy concreto y bastante ansioso; decidí, también, recurrir a ese original servicio, sin demora. Esta variedad se llama **regalo- pensamiento**. ¡Eso sí!, en vez de imprimirlo para entregártelo personalmente, preferí enviártelo por mail. ¿Por qué? Simplemente, hijo, para que cuando hoy prendas la computadora y lo leas, sepas, que siempre podrás contar conmigo.

¡Si recordaré aquellas hojas sueltas de cuaderno! ¡Ni que imperfecciones ni que mala letra! Solía coleccionarlas una a una y tenerlas bien a mano. Raúl, ¿te gustaría venir una tarde de estas y leerlas juntos?

¡Mirá que tenés memoria viejo! Me hiciste acordar de tu secundario. ¡Cierto!, sabía de sobra que no eras de los que pasaría con doce. ¡Pero no te equivoques! No por ello dejaba de estar orgulloso de ti. Crees que no me daba cuenta que llegabas corriendo, largabas la mochila y casi sin almorzar, te ibas a trabajar a la farmacia. ¡Tranquilo! Las cremas de afeitar y los perfumes me venían al pelo.

Igualito a ti, junto a ti, por ti, sufría con aquellas terribles discusiones. ¡No había dolor más grande! Impotente, furioso, culpable, era como me sentía por no encontrar las palabras adecuadas para que me comprendieras. Mis canas ya conocían de lo rápido que pasan los años, sabían, que los chicos para acceder al mercado de trabajo, ¡cada vez!, tienen que estar mejor preparados. Pero tú Raulito, con el walkman puesto, ¡ni me escuchabas!

Por supuesto, cuando aquel primer día de clase regresaste cabizbajo de la Facultad de Ingeniería, nomás mirarte, querido, comprendí que no volverías. Reflexionaba: ¡Oh! ¡Qué difícil es ser padre! ¿Cómo convencer a un hijo de que puede estar por tomar el camino errado? ¿Cuáles serían las palabras para detenerlo?

A todos mis amigos les rogaba:” ¿no tienen algún puestito para el nene? ¡Es tan bueno, tan honrado!”. Hasta que un buen día, te calzaste el traje como vos decís, y, sin ver un solo rayo más de sol, te sumergiste en la lúgubre oficina de mi primo. ¿Entre nosotros?: ¿Quién me entiende? ¡Me daba una pena bárbara! Ni siquiera me alegraban las pilchas de marca del día del padre.

Al poco tiempo, -así de simple y para hacerla corta-, bailando con Leonor, quedaste impactado con el mobiliario. Yo te observaba de lejos querido. ¡Ya veía venir lo que se vino!

¡Varias buenas!, mejoraron los regalos. La camisa y la corbata italiana impresionantes. De los tres nietos todo es poco decir, son la alegría de mi alma.

¿Alguna vez regaló una emoción? ¿Alguna vez contó un sentimiento?

¿Sabes?, esas palabras me quedaron dando vuelta en la cabeza... Al mirarme en el espejo, me hicieron enfrentar a un defecto terrible: me cuesta expresarme. ¡Observa cuánto! De niño, yo, emocionadísimo, te veía venir corriendo por la vereda con aquella hojita de cuaderno. Para mi también era un tesoro, ¿y que te decía?: “Gracias”. De adolescente peor fue mi sufrimiento. Tantas veces quería abrazarte, ¿y qué hacía?: te gritaba “¡Qué vas a hacer con tu futuro!”. Cuando te ennoviaste con Leonor cambié de táctica. Pensé: “Mejor no llevarle la contra”. Tampoco tuve éxito. ¿Entre nosotros? Recién ahora, a la vejez viruela, y gracias a que a través de tu regalo del día del padre, pude escucharte desde tan cerca, me estoy dando cuenta de que ¡por fin!, estoy expresando mis sentimientos. ¡Aleluya!

Y así Raúl, lenta o rápidamente, no sé qué decirte, llegamos a esta altura de la vida en que los dos ya vestimos canas y arrugas, y hasta estamos padeciendo los mismos achaques. Es un andar más pausado, un sumar más coincidencias. ¿No te da la sensación de que cada día nos separan menos años?

El gusto es mío ahora, pues, treinta años más tarde, y aunque la vida te haya cobrado algún que otro gol en contra, obsequiarte este [regalo – pensamiento](#). ¡Escúchalo!, te hablo sereno, sin gritos. ¡Sigo rogando al cielo que no tengas el walkman puesto!:

¡Hijo, querido! ¡Por favor! ¡No te recrimines las jugadas! ¡No te detengas!  
¡Sigue mirando para adelante! ¡La pelota es la vida! ¡Corre! ¡Corre! ¡Aún estás a tiempo de hacer un gol de media cancha!

También me siento regalado por decirte las palabras que busqué tantos años:  
¡Te quiero!

¡Siempre de tu bando!  
Tu papá

AUTORA- María Cristina Galeano